

# EL 79.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

Redaccion y administracion calle de Me-  
sones, 2.

Se insertan anuncios, edictos y comu-  
nicados á precios convencionales,

## SUMARIO.

El Corsé, por D. Manuel Leal y Gonzalez.—La Luz, por D. Antonio Calvo.  
—Una Madre, por D. Enrique Perea.—Siempre y Jamás, (soneto) por  
D. T. de R.—A la señorita D.ª Concepcion Moreno, poesia por D. Ri-  
cardo Cano.—A una niña, poesia por D. Diego del Pozo.—Miscelánea.

## EL CORSÉ. (1)

Al dilucidar el asunto que indica el epígrafe de este artículo, procuraré la concision, así como evitar, en lo posible, el empleo de dicciones técnicas que, por más que en la exposicion me proporcionaran rigurosa forma, facilidad y precision científica, pudieran, sin embargo, no ser bien interpretadas por la generalidad de los lectores.

(1.) Al dirigirmos este bien meditado artículo, expresamente escrito para las columnas de EL SETENTA Y NUEVE, el entendido Director de los *Anales de la Sociedad Anatómica Española* escribe, entre otras, las siguientes frases que nos creemos en el deber de consignar, porque prueban, á más de la modestia del hombre discreto, la galanteria del autor para con nuestro pueblo.

«Solo el fundado temor de que mis conocimientos científicos y dotes intelectivas no puedan producir ofrenda digna de la ilustracion del pueblo antequerano y de mi ferviente amor á esa mi patria adoptiva, ha hecho vacilar algunos momentos mi inmensa voluntad. Mas á pesar del propio conocimiento de incompetencia, decideme á tomar la pluma el vivísimo deseo que me anima, por contribuir de algun modo á la conservacion de la vida de esas virtuosísimas é incomparables huries antequeranas, cuyas proverbiales gracias y belleza hacen del oasis antequerano un paraíso, digno de ser cantado por uno de esos líricos é inmortales genios.»

N. de la Red.

El Corsé, considerado en su uso y preescindiendo de las múltiples transformaciones que en las varias épocas y países ha sufrido, debe ser tan antiquísimo como la coquetería femenil; pues ya en Esparta, una ley de Licurgo prohibía su uso á las mujeres embarazadas, obligándolas á llevar largas y desceñidas túnicas, á fin de evitar consiguientes daños al producto de la concepcion. Tambien en Roma existia ley análoga, por la que se las obligaba en el periodo gestativo, á abandonar la *fascia mamillaris*, especie de banda con que las mujeres romanas ceñíanse el tórax por debajo de los pechos. En el pasado siglo, el emperador José II, convencido de los perniciosos efectos del Corsé, efectos que hicieran patentes los luminosos escritos de Winslow y Camper, prohibió severamente su uso en todo el imperio.

Buffon, Rousseau, Monlau, Giné y cuantos ilustres escritores y hombres de ciencia se han ocupado de dicha prenda, la han justamente anatematizado en vista de su maléfico influjo en el desarrollo de los órganos, y de la gran participacion que toma en las múltiples é insidiosas enfermedades, tanto agudas como crónicas, que con frecuencia aquejan á la mujer.

En verdad que es sorprendente considerar, que ni las leyes, ni rescriptos imperiales, ni los sábios y humanitarios consejos de honorables hijos de Esculapio, ni la más provechosa y acerada crítica hayan conseguido de la mujer el abandono completo y voluntario de ese tósigo de la salud y la vida, llamado Corsé; el que, cual infecta túnica de Neso, agosta positiva y paulatinamente la flor inapreciable de su salud, y proporcionándola una juventud triste y llena de achaques, la hace terminar prematuramente su existencia en el Gólgota de la edad adulta, cuando precisamente debia abrirse para ella y la sociedad el divino y aromoso cáliz que encierra la dulce é inefable ambrosía de la maternidad.

Varias veces he reflexionado sobre la resistencia femenil á desprenderse del Corsé, que tantos y tan trascendentales males la proporciona; y que, no tan solo no la dá más belleza, sino que la hace deforme y antinatural; pues no otra cosa ocurre á una mujer que, despues de forcejar por reducir el pecho á molde de exiguas proporciones, nos muestra un talle

de avispa, al que, como dice Monlau, no sé por qué llama elegante, pues al de la mujer, plugo á la naturaleza modelarlo más graciosamente, haciendo que fuese más estrecho superior que inferiormente.

Bourdon cree, que la causa de persistir la mujer en el uso del corsé, estriba en que: *Por cada diez hombres bien hechos, apenas se encuentra una mujer bien conformada.* El ilustre higienista Monlau participa de esta opinion, pues dice que: *quizá sea esta la causa radical.*

Siento no asentir con la opinion de tan sábios maestros, y mucho menos asentiria, si solo se tratara de la mujer antequerana.

En mi concepto, la opinion de Bourdon, como tesis general, no tiene hoy otro valor que haber sido, tal vez, verdad, en aquellos tiempos del *atletismo*, en que el hombre amamantado (y hasta engendrado) exclusivamente para el bélico y material servicio del Estado, el desarrollo de la fuerza fisica era su primer deber y el símbolo de la virtud mas preciada; mientras que la mujer, arrojada como cosa inútil y degradada al fondo de un hogar tétrico y envilecido por la esclavitud, degeneraba en brazos de la molicie é inaccion mas estúpida; pues la libertad, es tan grata y beneficosa al espíritu, como útil y necesaria al desarrollo físico.

No es pues de estrañar, que obligada á un régimen de vida poco conforme con la naturaleza, ésta se desviara en ella, hasta el punto de necesitar un medio (el corsé), que comprimiendo sus fofos y grasosos tegidos, restableciese al talle su perdida forma.

Pero en nuestros dias de redencion, sucede lo contrario. La mecánica, auxiliada por el vapor, luz, calórico y electricidad, ha casi reemplazado y anonadado el trabajo y fuerza material del hombre, al mismo tiempo que constante le impele á fortalecer y ampliar su esfera psíquica é intelectual.

El dominio de la pujanza fisica ha sido sustituido por el poder incontrastable y sublime del espíritu que, elevando la mente del hombre al olímpico espacio de la *luz* y de la idea, le ha permitido encadenar los elementos, y hacerlos sumisos esclavos que enjuguen el candente sudor de su rostro.

Mas, este predominio del espíritu sobre la materia, tan

notable y creciente en los modernos tiempos, ha traído como consecuencia lógica y natural la atrofia, degeneración ó agostamiento material del hombre, tanto mas evidente, si formamos paralelo con el atlético de pasadas épocas.

Respecto á la naturaleza de la mujer, la trasformación ha sido en sentido inverso á la del hombre. Redimida de la esclavitud antigua, y dignificada por los divinos y eternos resplandores de la inefable doctrina del Nazareno, erigese en Reina del hogar, y se ennoblece con el dictado de compañera del hombre: y como á medida que aumentan sus derechos crecen igualmente sus deberes y atenciones, ampliase inmensamente la esfera de su ejercicio y actividad, y por consiguiente su vigor y desarrollo físicos.

He aquí por que no creo verdadera, en nuestros dias, la proposición del ilustre Isid. Bourdon, y las fundadas razones que me harían formularla inversamente.

En mi concepto, el motivo de que la mujer no desista del uso pernicioso del Corsé, obedece, más que al cuidado de ocultar una deformidad, á dos causas igualmente lamentables: la una es hija de aberración ó error sobre la verdadera noción estética ó de lo bello: la otra proviene de la ignorancia en que se la tiene sobre los preceptos higiénicos.

En efecto, nada parece tan fácil, á primera vista, como distinguir y diferenciar lo verdaderamente bello de lo que no lo es; y sin embargo, tenemos con frecuencia que pedir al análisis inductivo y á la síntesis lógica su poderoso auxilio, á fin de hacer acertadamente dicha diferenciación, sin caer en los frecuentes errores de estética que al vulgo inconsciente impone la costumbre ó la rutina. Ejemplo bien palmario y elocuente tenemos de ello en lo que acontece con las *modas*. ¿Qué joven de buen tono osaría hoy presentarse en público, vistiendo el descomunal é indispensable *miriñaque* del año 66? Sería interminable, si pretendiera dilucidar completamente este asunto, que dejo á la ilustrada reflexión del lector.

Para nosotros, todo lo que se aparta de la Naturaleza, é infringe sus leyes, carece de verdadera bondad y belleza. ¡Verdad evidente, que solo puede desconocer aquel, cuyo guía sea la rutina ó el sentimentalismo y nó la razón ilustrada!

Por esto hemos dicho que el Corsé, haciendo al tórax mas reducido inferior que superiormente (lo mismo que el miriñaque abultando la forma de la estremidad inferior del cuerpo) es prenda que deforma, dando al talle una apariencia antinatural y por consiguiente falta de verdadera belleza.

(Se continuará.)

---

## LA LUZ.

---

### IMITACION.

---

Muchas definiciones se han hecho de la luz.

Nosotros vamos á definirla de una manera que aventaje á todas, sinó en claridad, á lo menos en concision.

Hela aquí; la luz és la luz.

Para conocer sus propiedades, basta estudiarla un momento.

Por lo pronto, encontramos que se parece á un director de loterías, á un ministro de hacienda, ó á un senador, en que éstos, lo mismo que ella son el producto de un *fiat*.

Es elástica, puesto que se estiende hasta llenar el mundo, y se encoge hasta quedar reducida á cero, en lo cual se asemeja á la conciencia de muchos que conocemos, y que todo el mundo conoce.

Tambien se parece á los hombres que saben vivir, porque, como ellos, se amolda perfectamente á todas las circunstancias. La luz és risueña como la esperanza, tranquila como la inocencia, y sonrosada como los ensueños de la juventud cuando la trae el alba. Es meditabunda como un misántropo, silenciosa como la pena y pálida como un moribundo, cuando se la lleva el crepúsculo vespertino.

Al revés de los falsos amigos, la luz enseña los precipicios, y descubre las entradas de los abismos.

De las mujeres tiene una debilidad, y és que le gusta

lucir. Y como ellas, no solo luce por ver, sino por ser vista.

Tambien se parece la luz á lo que se arrastra y á lo que se derrama, porque eso és lo que luce.

Del mismo modo, la luz de ayer se parece á una mujer de hoy.

Por supuesto, á una mujer que se llame Lucía.

Una Lucía, aunque no cuente más que quince años, tiene que ser una mujer pretérita al lado de otra que se llame Luz.

Este nombre és muy comun en las mujeres.

Apénas habrá alguna, que no sea luz de unos ojos, luz de una vida, luz de un corazon, luz de un alma.

Sin embargo, todas estas luces no sirven más que para hacernos ver lo blanco negro, y viceversa. La luz, la verdadera luz, és la única cosa en el mundo que no nos engaña, porque nos hace ver lo blanco, blanco, y lo negro, negro.

No obstante, ella ha enseñado á muchos políticos á descomponerse y á cambiar de color á cada instante.

Bajo ese aspecto, tambien podemos considerar á la luz como un periódico de todos los ministerios.

Entre todos los hombres, los que más le deben á la luz son los que se embriagan.

Nadie podrá negar que un borracho és un hombre alumbrado.

De aquí deducimos naturalmente esta consecuencia: los taberneros son unos propagadores de la luz. Tal vez estaria mejor dicho, de las luces.

En este momento sale á luz nuestra ignorancia. Francamente, no sabemos en que se diferencian los que se alumbran, de los que se iluminan.

O lo que és lo mismo, ignoramos completamente en qué se distinguen los hombres iluminados de los hombres alumbrados. Lo único que podemos adivinar, és que unos y otros deben tener muchas luces. O al ménos, algunas.

La luz és maravillosamente múltiple en sus formas y manifestaciones.

Nosotros la tomamos en donde y como quiera que se nos presenta.

Muchas veces, una palabra és un rayo de luz.



Del porvenir de un hombre decide con frecuencia la luz de una mirada.

Segun dicen, hay comuniones políticas que se distinguen de otras del mismo género por su afición á tragar. No sabemos cual de esas comuniones ó partidos inventaria los tragaluces.

La luz se parece á uno que tiene miedo, en que no vá á oscuras á ninguna parte.

Una luz hay, cuyos resplandores pocos son los que pueden soportarlos. Es la luz de la verdad.

En un corto número de provincias, que se encuentran al mediodia de España, hay más luces que en el resto de la nacion. Como que en esas provincias cada hombre és una luz que anda. O lo que viene á ser lo mismo, un anda-luz. No obstante, hay quien opina que son las provincias que se encuentran más á oscuras.

Para concluir se nos ocurre una idea luminosa en forma de proporcion aritmética.

La luz del sol és á los ojos de un ave nocturna, lo que la luz de la crítica al presente artículo.

ANTONIO CALVO.

---

## UNA MADRE.

---

¡Una madre! ¡cuánto encierra esta simple palabra, y cuánto dice al corazon! dos sílabas la componen, y ¡cuánta armonía atesora! un eco és, y ¡cuán grato resuena en nuestra alma!

La sola palabra Madre és un poema, que siempre nos arropa; el corazon late al pronunciarla, la voz se hace mas dulce, el oido siempre bien la percibe, la inteligencia se ilumina, el alma se ensancha.

Por algo esto sucede; por que en este mundo, ni en lo moral ni en lo físico, existe efecto sin causa; la oracion es

efecto de la fé; no reza el que no la tiene; no existiría tampoco el rayo sin la electricidad.

¿Dónde pues está la causa para que la palabra Madre impresione tan vivamente nuestros sentimientos? Observad la vida, y justificado hallareis lo bello, lo sublime de tan santa palabra.

El hombre, al nacer, es un ángel, que viene al mundo, espuesto á mil peligros, á penalidades múltiples; sus pulmones se ensanchan para dar cabida al primer átomo de aire, y un grito lastimero lanza, como previendo lo que le espera; desde este momento, primer instante de su vida, encuentra ya quien lo consuele. Una criatura que acaba de esponer su existencia, que presa ha sido de horribles sufrimientos, olvidase del peligro corrido, siéntese fuerte, como si su cuerpo nada sufrido hubiera, y acude anhelante á callar aquel grito, que apenas su ánimo: ella no precisa descanso, no exige cuidados, nada necesita, ella ya es Madre, y el hijo de sus entrañas todo su ser absorbe; el menor ruido interrumpe el delicioso arrobamiento en que soñaba con su hijo, cree van á arrebatárselo y lo estrecha con sus brazos con mucha más energía, con más avaricia que un usurero su tesoro, con mucho más orgullo que el ignorante déspota su cetro.

Desde aquel instante ella no se pertenece: noches sin número pasa despierta velando el tranquilo respirar de su hijo: halla descanso contemplándole, siéntese fatigada si durmiendo mucho no ha podido sonreírle; toda ternura, ella no olvida ni la mas leve exigencia de ser tan pequeño; contemplaria serena el desquiciamiento del mundo, y no puede soportar tranquila una lágrima, arrancada por el dolor á las pupilas de su hijo.

Si el hombre cree en Dios á su Madre se lo debe, porque desde pequeño con el dedo le señaló donde estaba, y si su alma alguna vez á Él se eleva orando, es porque recuerda á su Madre á la cabecera de su cuna, pidiendo á el Altísimo derrame sus gracias sobre la querida cabeza de su hijo; si es caritativo á ella se lo debe, porque de su mano recibió la primera limosna que diera á un mendigo; en su Madre conoce todas las virtudes; la caridad en el celo con que acude



á todos sus dolores, la esperanza en la sonrisa bendita de sus lábios, cuando pronuncia la palabra ¡hijo mío!, la fé en lo infinito de su cariño. Ella le enseña la constancia, le induce al trabajo, dándole ejemplo; y, haciéndose respetar, le enseña á obedecer. Una madre és la apoteosis del amor sobre la tierra; por que su cariño es imperecedero é infinito en la esfera de lo relativo, como eterno é infinito es el amor de Dios en la esfera de lo absoluto. Todo en este mundo es mudable: todo obedece al deseo de mejoramiento, al afán del progreso: el amor de una madre és fijo, como inmutable y fijas son las naturales leyes: dichosa es con su hijo, aún cuando sea una infeliz pobre y harapienta; y es que el amor maternal las ennoblece á todas: acercaos á una de esas desgraciadas que deben su triste existencia á la caridad de sus semejantes, acercaos y ofrecedle todas las comodidades imaginables, poned á su disposicion todos los tesoros que encerrar puedan las entrañas de nuestro planeta, en cambio de su hijo, y vereis erguirse la débil mujer, la que de hambre desfallece, como hiena en el desierto, con todo el ímpetu y magest d que ostentan las agitadas olas del Oceano; huid, sino quereis veros bajo el fuego de sus ojos indignados, llenos de odio hacia el que tiene la osadia de proponerle abandone el pedazo de sus entrañas. Su cuerpo desmayará, pero se alimenta su alma con el fluido de la mirada de su pequeñuelo, y, entonando melancólico cantar que atraiga el sueño reparador de las débiles fuerzas de su hijo, ella también descansa: con su calor préstale abrigo, y sola con él, aún en medio de imponente y oscura selva, considérase feliz: aquel lugar oscuro y solitario es para ella un oasis, porque entregarse puede á los trasportes de su maternal amor.

Observad la altiva señora, la opulenta aristócrata, la que no conoce la miseria, la que jamás ha sentido los horrores del hambre, la que todos sus gustos, al ser nacidos, ha visto satisfechos; aquella á quien el mundo ofrece todos sus encantos; observadla en lujosa alcoba, arrodillada á los piés de una cuna, donde quájase su hijo enfermo, vedla con las manos cruzadas, pálida como un cadáver, temblorosa como tallo movido por la brisa, arrasados sus ojos con lágrimas

que queman su cutis, dirigirse á la imágen del crucificado, y pedirle con acento henchido de dolor, que su alma desgarrar: «Padre mio, sumidme de repente en la miseria, mandadme solo un pedazo de pan, aún cuando sea duro como la roca, haced irrealizables mis deseos, que mi vida se deslice solitaria en triste calabozo, pero, Dios, mio, no privadme de mi hijo, porque él es mi alegría, él mi encanto y mi esperanza; sin él yo moriré, yo volaré á reunirme en el cielo con mi hijo, porque bien veis que mi existencia sin la suya será eterna agonía.»

Una madre todo lo desprecia, todo lo sacrifica: el amor de madre no reconoce clase ni categorías; la madre siempre es madre, lo mismo la que se alberga en humilde casa abandonada que la que mora en estucado palacio.

Dichoso el que como yo conserva aún el maternal regazo, donde descansar de las fatigas de esta vida; dichoso mil veces el que tiene una madre donde recrearse, porque nada en este mundo más puro que la mirada de una madre, ni nada más consolador que su acento; su voz resuena como la de un ángel; de su pupila parece desprenderse un destello de la bondad del Omnipotente. Infeliz de aquel que atraviesa el áspero sendero de esta vida sin el vigoroso apoyo de una madre; porque, desgraciado, no tiene á quien volver sus ojos, ni a quien decir ¡Madre mía! en sus horas de amargura..... pero ¿qué digo? no es infeliz, porque las madres desde el cielo velando están por sus hijos, y sus ruegos, por lo mismo que son de una madre, de Dios nunca son desatendidos.

ENRIQUE PEREA.

---

## SIEMPRE Y JAMÁS.

---

Siempre en la vida luce la esperanza;  
pero jamás su aspiracion realiza:  
siempre el amor su concepcion poetiza;  
más su sueño ideal jamás se alcanza.

Siempre una gloria surge en lontananza;  
jamás de ella tocamos ni aún ceniza;  
siempre un nuevo horizonte no hechiza;  
jamás el alma hasta su linde avanza.

Siempre vivimos en gozar soñando:  
jamás el sueño en goce convirtiendo;  
siempre la dicha y el placer tocando;  
jamás su dulce plenitud sintiendo:  
¡oh cuán triste es vivir siempre esperando  
y jamás la esperanza consiguiendo!

T. DE R.

---

## Á LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION MORENO.


---

¡Si en su seno guarda el Sol  
Un intenso mar de fuego!,  
¡Si la Tierra en sus entrañas  
Riqueza esconde sin cuento!  
¡Si del mar en lo profundo  
Se hallan tesoros inmensos!,  
¡Qué es todo esto comparado  
Con lo que guarda tu pecho!  
¡Con el fuego de tus ojos!  
¡Con tus puros pensamientos!  
¡Ay! que ni el fuego del Sol  
Ni las riquezas del suelo,  
Ni los tesoros marinos,  
Ni aún la dicha de los cielos,  
Son más grandes que un suspiro  
Exalado de tu seno.

RICARDO CANO.

Málaga 26 febrero.

## A UNA NIÑA.



Era una noche lluviosa,  
Fuerte el Aquilon soplabá,  
Y la luna se ocultaba  
Tras la niebla vaporosa.

Era el silencio profundo,  
Y solo lo interrumpía  
La lluvia que descendía  
Del viento el soplo iracundo.

Por entre la niebla oscura,  
A veces entrecortada,  
Su faz la luna argentada  
Ostentaba bella y pura.

Su vaga luz indecisa,  
De vez en cuando alumbraba  
Un rostro, do se pintaba  
Ya el dolor, ya la sonrisa.

Era la cara lozana  
De una niña asaz hermosa,  
Que con inquietud penosa  
Aguardaba en la ventana.

Y al compás, de las canales,  
Que unas tras otras caían,  
Llanto sus ojos vertían  
Convertidos en raudales.

Tres noches han trascurrido  
En tan lastimoso estado,  
Sin que el sueño haya cerrado  
Sus ojos humedecidos.

Y en insomnio tan penoso,  
Y en dudas desgarradoras,  
Contó del reloj las horas  
Con un afán doloroso.

Impaciente se asomaba,  
Marchita, triste y sombría,  
Por ver si acaso venía  
El ingrato que esperaba.

Que ya tan larga tardanza  
Aumentaba sus recelos,  
Y el aguijón de los celos  
Desgarraba su esperanza.

Y al ver que ya su temor  
Era con razón fundado,  
De su pecho lacerado  
Gritos lanzó de dolor.

¡Pobre niña! ¿Porqué así  
Te abandonas al quebranto?  
¿Porqué llorar tanto y tanto  
Por quien se olvida de tí?

Tregua pon á tu dolor,  
Y si tu amor se ha ofendido,  
Paga olvido con olvido,  
Vuelve rigor por rigor.

Y no olvides, niña hermosa,  
Que es el hombre cual la abeja,  
Por una flor otra deja,  
Por jaramagos la rosa.

Vuelve á tu pecho la calma,  
Aléjate de esa reja,  
El llanto que viertes deja  
Y la angustia de tu alma.

Pero ¡ah! tú incáuta encontrabas  
En el amor tus delicias,  
Y en sus risueñas caricias,  
Pobre niña, te gozabas.

También en mis verdes años  
Amé con delirio ardiente,  
Y mi amor puro, inocente,  
Probó amargos desengaños.

Y al fin vine á conocer  
Que amor todo es sinsabores,  
Martirios, penas, dolores,

Sufrimiento y padecer.

Es tu belleza radiante,  
Eres de virtud modelo,  
Y no faltará en el suelo,  
Niña, para tí un amante,  
Que con probada ternura,  
Fiel, constante y cariñoso,  
En un consorcio dichoso  
Labre tu eterna ventura.

Que es infalible verdad,  
Apoyada en la razon,  
Que dó acaba una ilusion  
Empieza una realidad.

Y no falta quien sostenga,  
Y yo lo afirmo y lo juro,  
Que dice un refran seguro,  
No hay mal que por bien no venga.

DIEGO DEL POZO.

---

## MISCELANEA.

---

Si nuestros lectores recuerdan lo que en el primer número ofrecimos, ya habrán observado que no se ha hecho esperar el cumplimiento de nuestra promesa. La colaboracion del profundo pensador que desempeña la cátedra de Metafisica en la Universidad de Sevilla ha honrado ya dos veces las páginas de EL SETENTA Y NUEVE: la del reputado humanista é ilustrado catedrático de la Institucion Libre de Enseñanza de Madrid, Sr. Quirós de los Ríos, ha enriquecido con sus bellísimos tercetos el número anterior; en éste aparecen las firmas de dos nuevos colaboradores, extraños á la localidad; y si sus nombres todavia no son una gloria literaria, sus producciones revelan en el uno el espíritu práctico del observador estudioso, en el otro el gérmen lozano de un poeta de sentimiento. Tenemos fundados motivos para espe-



rar que continuen favoreciéndonos, y aguardamos las producciones de otros escritores de bien cimentada reputacion.

---

Una buena noticia podemos hoy comunicar á nuestros lectores: la próxima apertura del colegio de N. S. del Loreto en el magnífico local que antes fué convento de Agustinas Recoletas. Gracias al desinteresado celo y acendrado amor patrio de dos personas de esta ciudad, cuyos nombres no estampamos por no herir su escesiva modestia, del 16 al 19 del presente tendremos el gusto de presenciar este acontecimiento, que tanto ha de influir en la educacion de las jóvenes antequeranas.

La Congregacion Felipense de Hijas de Maria Santísima de los Dolores es la encargada de este colegio, donde, lo mismo á las niñas pobres que á las hijas de familias acomodadas, gratis á las primeras y por una modesta retribucion á las segundas, se dará educacion y enseñanza amplísimas, en armonía con sus necesidades y con las exigencias de los tiempos presentes.

Recomendamos á nuestros lectores vean el prospecto que ya hace dias circula por la ciudad y visiten el establecimiento, cuyas luces, ventilacion y capacidad nada dejan que pedir á las mas acentuadas prescripciones de la Higiene.

---

Nuestro apreciable colega *El Caos*, agradable y bien escrita revista, que vé la luz en Madrid, y desde el principio de su publicacion viene favoreciéndonos semanalmente con su visita, nos ha sorprendido hoy con la notable mejora de un bello grabado en la primera plana y la promesa de otras más importantes reformas. Representa aquel el exterior de la casa que vivió Juan Bravo en Segovia: el asunto y la ejecucion nos placen: y por ello, y por lo que para despues ofrecen, felicitamos cordialmente á los jóvenes redactores de *El Caos*.

---

CÉDULAS DE AMILLARAMIENTOS.—Dice *El Correo de Andalucía*:

«Como estaba anunciado, el martes se reunió la Liga de contribuyentes, con asistencia de la mayoría de sus asocia-

dos, acordándose aprobar, como se hizo, el dictámen de la comision respectiva sobre lo que debia intentarse á fin de solucionar, de la mejor manera, el asunto relativo á las cédulas de amillaramientos. La comision es de parecer que se eleve al Gobierno una mocion pidiendo algunas modificaciones que se conceptuan necesarias, y que será redactada en breve.

Se acordó tambien poner en conocimiento de los contribuyentes, por medio de la secretaría de la Corporacion, una fórmula especial de redaccion de las ya mencionadas cédulas.»

— — —  
MOVIMIENTO de la POBLACION. Desde el 28 de Febrero al 6 de Marzo: Nacimientos 16: Defunciones 11: Diferencia á favor de la vitalidad 5.—Matrimonios desde el 1.º al 28 de Febrero 8.

### CHARADA.

Si vas lector á viajar  
Por Escocia ó Inglaterra,  
Verás en tan rica tierra  
*Segunda tertia* abundar.  
Emblema de cosa inmunda  
Es siempre *dos* con *primera*,  
Y el Tono niña hechicera  
De genio y gracia profunda.

P.

Solucion á la charada anterior.—TIMOTEO.

### ADVERTENCIA.

Se ruega á los señores suscritores forasteros, que aún se hallan en descubierto, remitan el importe del trimestre por el conducto que estimen mas oportuno; pudiendo hacerlo por letras de fácil cobro, ó por sellos de correo en carta certificada.